

tierras. Mas empero á importacion de fray Diego Almirano dejó aquel largo viaje, y aun por estar escarmentado del que hizo desde la villa del Espíritu Santo hasta la villa de Trujillo, donde estaba, y acordó de ir por mar á la Nueva-España. Y luego comenzó á bastecer dos navios, y á proveer lo que convenia á los nuevos pueblos de Trujillo y de la Natividad. En este medio tiempo llegaron allí ciertos hombres de Huitila y otras islas, que llaman Guanajos, y que están entre puerto de Caballos y puerto de Honduras, aunque bien desviadas de la costa, á dar las gracias á Cortés de una buena obra que les habia hecho, y á pedirle un español para cada isla, diciendo que así estarían seguros. El les dió sendas cartas de amparo; y porque no podia detenerse, ni tenia los españoles que demandaban, encargó á Hernando de Saavedra, que dejaba por su teniente en Trujillo, que se los enviase cuando hubiese acabado la guerra de Papaica. La causa desto fué que en Cuba y Jamáica armaron y fueron á cativar de aquellos islotes para trabajar en minas, azúcar y labranza, y para pastores. Cortés lo supo, y envió allá una carabela con mucha gente, por si fuesen menester las manos, á rogar al capitan de aquella nao, que se llamaba Rodrigo de Merlo, no hiciese presa de aquellos mezquinos; y si la hubiese hecho, que la dejase. Rodrigo de Merlo, por lo que Cortés le prometió, se vino á Trujillo á vivir, y los indios fueron restituidos á sus islas. Tornando pues á Cortés, digo que como tuvo los navios á punto, metió en ellos veinte españoles y otros tantos caballos, muchos mejicanos, y á Pizacura con los otros señores sus comarcanos, porque viesan á Méjico y la obediencia que tenían á los españoles, para que vueltos, hiciesen ellos así; mas el Pizacura se murió antes de volver. Partió Cortés del puerto de Trujillo á 23 de abril de 1526. Trajo buen tiempo hasta casi doblar toda la punta de Yucatan y pasar los Alacranes. Dióle luego un muy recio vendabal, amainó por no tornar atrás; pero reforzaba cada hora, como suele hacer; tanto, que deshacia los navios; y así, le fué forzado ir á la Habana de Cuba, donde estuvo diez dias holgándose con los del pueblo, que eran sus conocidos del tiempo que él moró en aquella isla, y recorriendo las naves, que traian alguna necesidad. Allí supo, de unos navios que venian de la Nueva-España, cómo Méjico estaba mas en paz después de la prision del fator Salazar y de Peralmindez; que no fué para él poco contentamiento. Partido de la Habana, llegó en ocho dias á Chalchicoeca con muy buen viento que tuvo. No pudo entrar en el puerto á causa de mudarse el tiempo, ó por correr mucho viento terral. Surgió dos leguas en la mar; y salió luego á tierra en los bateles; fué á pié á Medellín, que estaba cinco leguas; entróse en la iglesia á hacer oracion, dando gracias á Dios, que le habia tornado vivo á la Nueva-España. Luego lo supieron los de la villa, que estaban durmiendo; levantáronse por verle, á gran priesa y placer, que no lo creian, y muchos lo desconocieron, como iba enfermo de calenturas y maltratado de la mar; y á la verdad él habia trabajado y padecido mucho, así en el cuerpo como en el espíritu. Caminó sin camino mas de quinientas leguas, aunque no hay sino cuatrocientas de Trujillo á Méjico por Cuahutemallan y Tecoantepec, que es el derecho y usa-

do camino. Comió muchos meses yerbas solas cocidas sin sal, bebió malas aguas; y así, murieron muchos españoles, y aun indios, entre los cuales fué Couanacochcin. Podrá ser que á muchos no aplacará la letura deste viaje de Cortés, porque no tiene novedades que deleiten, sino trabajos que espanten.

Las alegrías que hicieron en Méjico por Cortés.

Luego que Cortés llegó á Medellín despachó mensajeros á todos los pueblos, y á Méjico principalmente, haciéndoles saber su llegada; y en todos, cuando se supo, hicieron alegrías. Los indios de aquella costa y comarca vinieron luego á verle cargados de gallineros, frutas y cacao, que comiese, y le traian plumajes, mantas, plata y oro, ofreciéndole su ayuda si queria matar los que le habian enojado. Él les agradecia los presentes y amor, y les decia que no habia de matar á nadie, porque el Emperador los castigaria. Estuvo en Medellín once ó doce dias, y tardó á llegar á Méjico quince. En Cempoallan le recibieron muy bien. A do quiera que llegaba, aunque era des poblado lo mas, hallaba bien qué comer y beber. Saliéronle al camino indios de mas de ochenta leguas lejos, con presentes, ofrescimientos, y aun quejas, mostrando grandísimo contento que fuese venido, y limpiábanle el camino, echando flores: tan querido era; y muchos le lloraban los males que les habian hecho en su ausencia, como fueron los de Huaxacac, pidiendo venganza. Rodrigo de Albornoz, que estaba en Tezcucó, fué una jornada á recibirle con muchos españoles, y en aquella ciudad fué alegrísimamente recibido. Entró en Méjico con el mayor regocijo y alegría que podia ser, porque al recibimiento salieron todos los españoles con Alonso de Estrada fuera de la ciudad, en ordenanza de guerra; y todos los indios, como si él fuera Moteczuma, salieron á verle. No cabian por las calles. Hicieron alegrías grandísimas y muchas danzas y bailes; tañian atabales, vocinas de caracol, trompetas y muchas flautas, y no cesaron aquel dia ni la noche de andar por el pueblo y hacer hogueras é iluminarias. Cortés no cabia de placer viendo el contento de los indios, el triunfo que le hacian, y el sosiego y paz de la ciudad. Fuése derecho á Sant Francisco á posar y á dar gracias á Dios, que de tantos trabajos y peligros lo habia traído á tanto descanso y seguridad.

De cómo envió el Emperador á tomar residencia á Cortés.

Era Cortés el mas nombrado entonces de nuestra nacion; pero infamábanle muchos, en especial Pánfilo de Narvaez, que andaba en corte acusándole; y como habia mucho que no tenian los del Consejo cartas suyas, sospechaban, y aun creian, cualquier mal; y así, proveyeron de gobernador de Méjico al almirante don Diego Colon, que pleiteaba con el Rey, y pretendia aquel gobierno y otros muchos, con que llevase ó enviase mil hombres á su costa para prender á Cortés. Proveyeron asimesmo por gobernador de Pánuco á Nuño de Guzman, y de Honduras á Simon de Alcazaba, portugués. Ayudó mucho á esto Juan de Ribera, secretario y procurador de Cortés, que como riñó con Martin Cortés sobre los cuatro mil ducados que le trajo, y no se los da-

ba, decía mil males de su amo, y era muy creído. Mas comió una noche un torrezno en Cadabalso, y murió de ello andando en aquellos tratos. No pudieron ser hechas tan secretas las provisiones, ni los proveidos supieron guardar el secreto cual convenia, que no se rugese por la corte, que á la sazón estaba en Toledo; y á muchos que sentian bien de Cortés les parecia mal. Y el comendador Pedro de Pina lo dijo al licenciado Nuñez, y fray Pedro Melgarejo lo descubrió tambien posando en casa de Gonzalo Hurtado, á la Trinidad; así que luego reclamaron de las provisiones, suplicando que aguardasen algunos dias á ver qué venia de Méjico. El duque de Béjar, don Alvaro de Zúñiga, favoreció mucho el partido de Fernando Cortés, porque ya le tenia casado con doña Juana de Zúñiga, su sobrina. Abonóle, sióle y aplacó al Emperador. Llegó á Sevilla, estando en esto, Diego de Soto con setenta mil castellanos, y con el tiro de plata, que, como cosa nueva y rica, hinchió toda España y otros reinos de fama. Este oro fué, para decir verdad, quien hizo que no le quitasen la gobernacion, sino que le enviasen un juez de residencia. Llegado, como digo, aquel presente tan rico, y acordado de enviar juez que tomase residencia á Cortés, buscaron una persona de letras y linaje, que supiese hacer el mandado y que le tuviesen respeto, porque soldados son atrevidos; y como estaban en Toledo, tuvieron noticia y crédito del licenciado Luis Ponce de Leon, teniente y pariente de don Martin de Córdoba, conde de Alcaudete y corregidor de aquella ciudad; el cual, aunque mancebo, tenia muy buena fama, y enviáronle á la Nueva-España con bastantes poderes y confianza. Él, por no errar, y acertarlo todo mejor, llevó consigo al bachiller Márcos de Aguilar, que habia estado algunos años en la isla de Santo Domingo, alcalde mayor por el almirante don Diego. Partiése pues el licenciado Luis Ponce, y con buena navegacion que tuvo, llegó á la Villarica poco después que Cortés partiera de Medellín. Simon de Cuenca, teniente de aquella villa, avisó luego á Cortés de cómo eran llegados allí ciertos pesquisidores y jueces del Rey á tomalle residencia; y fué con tan buena diligencia, que llegaron las cartas á Méjico en dos dias, por postas que habia puestas de hombres. Cortés estaba en Sant Francisco confesado y comulgado cuando recibió este despacho, y ya habia hecho otros alcaldes, y prendido á Gonzalo de Ocampo y á otros bandoleros y valedores del fator, y hacia pesquisa secretamente de todo lo pasado. Dos ó tres dias después, que fué Sant Juan, estando corriendo toros en Méjico, le llegó otro mensajero con cartas del licenciado Luis Ponce, y con una del Emperador, por las cuales supo á qué venia. Despachó luego con respuesta, y para saber por cuál camino queria ir á Méjico, por el poblado, ó por el otro, que era mas corto. El licenciado no replicó, y queria reposar allí algunos dias, que venia muy fatigado de la mar, como hombre que hasta entonces no la habia pasado. Mas porque le dieron á entender que Cortés haria justicia del fator Salazar y de Peralmindez y de los otros que presos tenia, si se tardaba, y que no lo receberia, sino que saldria á le prender en el camino, que para eso queria saber por dónde habia de ir, tomó la posta con algunos de los caballeros y frailes que con él iban, y el

camino de los pueblos, aunque era mas largo, porque no le hiciesen alguna fuerza ó afrenta: tanto pueden las chisméricas. Anduvo tan bien, que llegó en cinco dias á Iztacpalapan, y que no dió lugar á los criados de Cortés, que habian ido por entrambos caminos, que le tuviesen buen recaudo y aparejo de mesa y posada. En Iztacpalapan se le hizo un banquete con gran fiesta y alegrías. Tras la comida, revesó el licenciado y casi todos los que con él iban, cuanto tenia en el cuerpo; y juntamente con el vómito tuvieron cámaras. Pensaron que fuesen yerbas, y así lo decía fray Tomás Ortiz, de la orden de Santo Domingo, afirmando que las yerbas iban en unas natas, y que el licenciado le daba el plato delias; y Andrés de Tapia, que servia de maestresala, dijera: «Otras traerán para vuestra reverencia;» y respondió el fraile: «Ni desas ni de otras.» Tambien se tocó esta malicia en las coplas del Provincial, de que ya hice mención, y se acusó en residencia; pero á la verdad ello fué mentira, segun después diremos; porque el comendador Proaño, que iba por alguacil mayor, comió de cuanto comió el licenciado, y en el mesmo plato de las natas ó requesones, y ni revesó ni le hizo mal. Creo que como venian calorosos, cansados y hambrientos, que comieron demasiado y bebieron asaz frio, que les revolvió el estómago y les causó aquellas cámaras y vómito. Daban allí al licenciado Ponce un buen presente de ricas cosas por parte de Cortés; mas él no lo quiso tomar. Salió Cortés á recibirle con Pedro de Albarado, Gonzalo de Sandoval, Alonso de Estrada, Rodrigo de Albornoz, y con todo el regimiento y caballeria de Méjico. Tomóle á la man derecha hasta Sant Francisco, donde oyeron misa; que fué la entrada de mañana. Djole que presentase las provisiones que llevaba, y como respondió que otro dia, llevóle á su casa y aposentóle muy bien. Otro dia siguiente se juntaron en la iglesia mayor el cabildo y todos los vecinos, y por auto de escribano presentó Luis Ponce las provisiones, tomó las varas á los alcaldes y alguaciles, y luego se las tornó á todos; y dijo con mucha crianza: «Esta del señor Gobernador quiero yo para mí.» Cortés y todos los del cabildo besaron las letras del Emperador, pusieronlas sobre sus cabezas, y dijeron que cumplirian lo en ellas contenido, como mandamiento de su rey y señor, y tomaronlo por testimonio. Luego tras esto se pregonó la residencia de Cortés, para que viniese querellando quien estuviere agraviado y quejoso dél. Entonces viérades el bullir y negociar de todos y de cada uno por sí, unos temiendo, otros esperando, y otros cizañando.

La muerte de Luis Ponce.

Fué un dia el licenciado Ponce á oír misa á Sant Francisco, y volvió á la posada con una gran calentura, que realmente fué modorra. Echóse en la cama, estuvo tres dias fuera de seso, y siempre le crecía el calor y el sueño. Murió al septeno; recibió los sacramentos, hizo testamento, y dejó por sustituto al bachiller Márcos de Aguilar. Cortés hizo tan gran llanto como si fuera su padre. Enterróle en Sant Francisco con mucha pompa, luto y cera. Los que no querian bien á Cortés publicaban que murió de ponzoña. Mas el licenciado Pero Lopez y el doctor Ojeda, que lo curaron, llevaron los tér-



minos y cura de la modorra; y así, juraron que había muerto della, y trajeron por consecuencia cómo la tarde antes que muriese hizo que le tañesen una baja; y él así, echado como estaba en la cama, la anduvo con los pies señalando los compases y contrapases, cosa que muchos la vieron; y que luego perdió la habla; y aquella noche espiró antes del alba. Pocos murieron bailando como este letrado. De cien personas que embarcaron con el licenciado Luis Ponce de Leon, las mas murieron en la mar y en el camino, y á muy pocos días que llegaron á la tierra; y de doce frailes dominicos, los dos. Sospecha se tuvo que fuese pestilencia, ca pegaron el mal á otros que allí estaban; del cual murieron. Fueron con él muchos hidalgos y caballeros, y con cargo del Rey, Proaño, que arriba nombré, y el capitán Salazar de la Pedrada por alcaide de Méjico. Pasó fray Tomás Ortiz con doce frailes dominicos por provincial, que había estado en la Boca del Drago siete años; el cual para religioso era escandaloso, porque dijo dos cosas harto malas: la una fué afirmar que Cortés dió yerbas al licenciado Luis Ponce, y la otra, decir que el Luis Ponce llevaba mandamiento expreso del Emperador para cortar á Cortés la cabeza en tomándole la vara; y desto avisó al mismo Cortés antes de llegar á Méjico con Juan Nuñez, con Francisco de Orduña y con Alonso Valiente; y llegada, se lo dijo en Sant Francisco en presencia de fray Martín de Valencia y fray Toribio y otros muchos religiosos; pero Cortés fué muy cuerdo en no lo creer. Quería el fraile con esto ganar con el uno gracias y con el otro blancas. Mas Ponce se murió y Cortés no le dió nada.

Cómo Alonso de Estrada desterró de Méjico á Cortés.

Muerto que fué Luis Ponce de Leon, comenzó el bachiller Márcos de Aguilar á gobernar y proceder en la residencia de Cortés; unos holgaban dello, otros no; aquellos por destruir á Cortés, estos por conservalle, diciendo que no valian nada los poderes, y por consiguiénte lo que hiciese, pues que Luis Ponce no lo pudo dar; y así, el cabildo de Méjico y los procuradores de las otras villas que allí estaban, apelaron y contradijeron aquella gbernacion, y requirieron á Cortés en forma de derecho, ante escribano, que tomase el gobierno y justicia como antes lo tenía, hasta que su majestad otra cosa mandase. Mas él no lo quiso hacer, confiado en su limpieza, y porque el Emperador entendiese de veras sus servicios y lealtad; antes defendía y sostuvo al Márcos de Aguilar en el cargo; y le requirió procediese la residencia contra él. Pero el bachiller, aunque hacía justicia, llevaba las cosas del Gobernador al amor del agua. El cabildo, ya que mas no pudo, le dió por acompañado á Gonzalo de Sandoval, porque mirase las cosas de Cortés, que era su muy gran amigo. Mas de Sandoval no quiso serlo, con acuerdo del mismo Cortés. Gobernó Márcos de Aguilar con muchos trabajos y pesadumbre, no sé si fué por sus dolencias, ó malicias de otros, ó por hallarse engolfado en muy alta mar de negocios. Púsose muy flaco, sobreviñole calentura, y como tenía las bubas, mal suyo viejo, murió dos meses después, ó poco mas, que Luis Ponce de Leon; y dos antes que no él, murió también un hijo

suyo, que llegó malo del camino. Nombró y sustituyó por gobernador y justicia mayor al tesorero Alonso de Estrada; que Albornoz era ido á España, y los otros dos oficiales del Rey presos estaban; y entonces el cabildo y casi todos reprobaron la sustitucion, que les parecia juego de entre compadres; y diéronle por acompañado á Gonzalo de Sandoval, y que Cortés tuviese cargo de los indios y de las guerras. Duró esto algunos meses. El Emperador, con parecer de su consejo de Indias, y por relacion de Rodrigo de Albornoz, que partió de Méjico, muerto Luis Ponce y enfermo Márcos de Aguilar, mandó y proveyó que gobernase quien hubiese nombrado el bachiller Aguilar, hasta que su voluntad otra fuese; y así, gobernando solo Alonso de Estrada, no tuvo aquel respeto que se debía á la persona de Cortés por haber ganado aquella ciudad y conquistado tantas tierras, ni el que él le debía por haberle hecho gobernador al principio; ca pensaba que por ser regidor de Méjico, tesorero del Rey, y tener aquel oficio, aunque de prestado, era su igual y le podía preceder y mandar, administrando justicia derechamente; y así, usaba con él muchos descomedimientos, palabras y cosas que ni al uno ni al otro estaban bien. De manera pues, que hubo entre ellos muchas cosquillas, y se enconaron á que hubiera de ser peor que la pasada. El Alonso de Estrada, conociendo que si se tomaba con Fernando Cortés había de poder menos, hizose amigo de Gonzalo de Salazar y de Peralmindez, dándoles esperanza de saltallos; y con esto era mas parte que primero, aunque con bandos, que no convienen al buen juez, y con fealdad de la persona, que tanto se preciaba, del Rey Católico. Sucedió que ciertos criados de Cortés acuchillaron un capitán sobre palabras. Prendióse uno dellos, y luego aquel mesmo le hizo Estrada cortar la mano derecha, y tornar á la cárcel á purgar las costas, ó por hacer aquella befa de Cortés, su amo. Desterró asimesmo á Cortés porque no le quitase el preso; cosa escandalosa, y que estuvo Méjico para ensangrentarse aquel día, y aun perderse. Mas Cortés lo remedió todo con salir de la ciudad á cumplir su destierro; y si tuviera ánimo de tiranno, como le achacaban, ¿qué mejor ocasion ni tiempo queria para serlo que entonces, pues casi todos los españoles y todos los indios tomaban armas en su favor y defensa? Y no digo aquella vez, mas otras muchas pudiera alzarse con la tierra; empero ni quiso, ni creo que lo pensó, segun por obra lo mostró; y cierto se puede preciar de muy leal á su rey; que si no lo fuera, castigáranlo. Puesto caso que sus muchos y grandes émulos le acusaban siempre de desleal, y por otras mas infames palabras, de tiranno y de traidor, para indignar al Emperador contra él; y pensaban ser creídos, con tener favor en corte y aun en consejo, segun en otros lugares he dicho, y con que cada dia perdian muchos españoles de Indias la vergüenza á su rey. Empero Fernando Cortés siempre traía en la boca estos dos refranes viejos: «El Rey sea mi gallo», y «Por tu ley y por tu rey morirás». El mesmo dia que cortaron la mano al español, llegó á Tezcuco fray Julian Garcés, de la orden dominica, que iba hecho obispo de Tlaxcallan, cuya diócese se dijo Carolense, por honra del Emperador Carlos, nuestro señor el Rey. Supo el fuego que se

encendia entre españoles, metióse en una canoa con su compañero fray Diego de Loaisa, y en cuatro horas llegó á Méjico; donde le salieron á recibir todos los clérigos y frailes de la ciudad, con muchas cruces, ca era el primer obispo que allí entraba. Entrevino luego entre Cortés y Estrada, y con su autoridad y prudencia los hizo amigos, y así cesaron los bandos. Poco después vinieron cédulas del Emperador para que soltasen al factor Salazar y al veedor Peralmindez, y les volviesen sus oficios y hacienda; de que no poco se afligió Cortés, que quisiera alguna emmienda de la muerte de su primo Rodrigo de Paz, y que le restituyeran lo que le habían tomado de su casa. Pero quien á su enemigo popa, á sus manos muere, y no miró que perro muerto no muere. El pudiera, antes que llegara el licenciado Luis Ponce de Leon, degollarlos, como algunos se lo aconsejaron; que en su mano fué; mas dejólo por evitar el decir, por no ser juez en su proprio caso, por ser hombre de ánimo, por estar clarísima la culpa que aquellos tenían de haber muerto á sin razon á Rodrigo de Paz; confiado que cualquiera juez ó gobernador que viniese los castigaria de muerte, por la guerra civil que movieron é injusticias que hicieron, y aun porque tenían, como dicen, el alcalde por suegro; que eran criados del secretario Cobos, y no lo queria enojar porque no le dañase en otros sus negocios que le importaban mucho mas.

Cómo envió Cortés naos á buscar la Especiería.

Mandaba el Emperador á Cortés por la carta hecha en Granada á 20 de junio de 1526, que enviase los navios que tenía en Zacatula á buscar la nao Trinidad y á fray García de Loaisa, comendador de Sant Juan, que era ido al Maluco y á Gaboxo, y á descubrir camino para ir á las islas de la Especiería desde la Nueva-España por el mar del Sur, segun él se lo había prometido por sus cartas, diciendo que enviaria ó iria, si su majestad fuese servido, con tal armada que compitiese con cualquiera potencia de príncipe, aunque fuese del rey de Portugal, que en aquellas islas hubiese, y que las ganaria, no solo para rescatar en ellas las especias y otras mercaderías ricas que tienen, mas aun para cogellas y truellas por propias suyas; y que haria fortalezas y pueblos de cristianos que sojuzgasen todas aquellas islas y tierras que caen en su real conquista, conforme á la demarcacion, como eran Gilolo, Borney, entrambas Jabas, Zamotra, Malaca y toda la costa de la China; con tanto, que le concediese ciertos capitulos y mercedes. Así que, habiendo Cortés ofrescido á esto, y queriéndolo el Emperador, y no teniendo otra guerra ni cosa en que entender, determina enviar tres navios á los Malucos, y hacer camino allá una vez para cumplir después su palabra, y tambien porque aportó á Ciuatlan Hortunio de Alango, de Portogalete, con un patache que fué con la armada del dicho Loaisa, estando malo Márcos de Aguilar, por sobra de muchos vientos, ó por falta de no saber la navegacion del Tidore. Echó pues al agua tres navios. En la nao capitana, dieba Florida, metió cincuenta españoles; en otra, que nombraron Santiago, cuarenta y cinco, con el capitán Luis de Cárdenas, de Córdoba; y en un bergantín, quince, con

el capitán Pedro de Fuentes, de Jerez de la Frontera. Armólas de treinta tiros. Basteciolas de provision en abundancia, como para tan largo y no sabido viaje se requeria, y de muchas cosas de rescate. Hizo capitán dellas á Alvaro de Saavedra Ceron, su pariente, el cual se partió del puerto de Ciuatlanejo, dia ó víspera de Todos Sanctos del año de 1527. Anduvo dos mil leguas, segun la cuenta de los pilotos, aunque por derecha navegacion hay mil y quinientas. Llegó con sola su nao capitana; que las otras el viento las desparció de la conserva, á unas muchas islas, que por ser tal dia cuando llegaron, les dijeron de los Reyes; las cuales están poco mas ó menos en once grados á este cabo de la Equinocial. Son los hombres crecidos de cuerpo, carilungos, morenos, muy bien barbados. Traen cabellos largos, usan cañas por lanzas, hacen esteras muy primas de palma, que de lejos parecen oro, cobijan sus vergüenzas con bragas de aquello, en lo al desnudos andan; tienen navios grandes. De aquellas islas de los Reyes fué á Mindanao y Bizaya, otras islas que están ocho grados, y que son ricas de oro, puercos, gallinas y pan de arroz. Las mujeres hermosas, ellos blancos. Andan todos en cabello largo. Tienen alfanjes de fierro, tiros de pólvora, flechas muy largas y cebratanas, en que tiran con yerba; cosoletes de algodón, corazas de escamas de peces. Son guerreros, confirman la paz con beber sangre del nuevo amigo, y aun sacrifican hombres á su dios Anito. Traen los reyes coronas en la cabeza, como acá; y el que entonces allí reinaba se decia Catonao; el cual mató á don Jorge Manrique y á su hermano don Diego y á otros. De allí se huyó á la nave de Alvaro de Saavedra, Sebastian del Puerto, portugués, casado en la Coruña, que fuera con Loaisa. Sirvió de faraute, y dijo cómo su amo le llevó á Cebut, donde supo cómo llevaran de allí ocho castellanos de Magallanes á vender á la China, y que aun había otros. En fin, contó todo aquel viaje. Tambien rescató Saavedra otros dos españoles del mesmo Loaisa, en otra isla que llaman Candiga, por setenta castellanos en oro; en la cual hizo paces con el señor, bebiendo y dando á beber sangre del brazo, que tal es la costumbre de por allí, cual entre scitas. Pasó por Terrenate, donde portugueses tenían una fortaleza, y llegó á Gilolo, do estaba Fernando de la Torre, natural de Búrgos, por capitán de ciento y veinte españoles de Loaisa, y alcaide de un castillo. Allí aderezó Alvaro de Saavedra su nao, tomó vituallas y todo matalotaje, que le faltaba, y veinte quintales de clavo de lo del Emperador, que le dió Fernando de la Torre. Y partióse á 3 de junio de 1528. Anduvo mucho tiempo de acá para allá. Tocó en las islas de los Ladrones, y en unas con gente negra y crespas, y otras con gente blanca, barbada y los brazos pintados, en tan poca distancia de lugar, que se mucho maravilló. Fuéle forzado volver á Tidore, donde estuvo muchos dias. Partióse de allí para la Nueva-España á 8 dias de mayo 1529, y murió navegando, 19 de octubre de aquel mesmo año. Por cuya muerte, y por falta de hombres y aires, se tornó la nave á Tidore con solas dieciocho personas, de cincuenta que sacó de Ciuatlanejo; y porque ya Fernando de la Torre había perdido su castillo, se fueron aquellos dieciocho espa-



ñoles á Malaca, donde los prendió don Jorge de Castro, y los tuvo presos dos años, y allí se murieron los diez; que así tratan portugueses á los castellanos. De manera que no quedaron mas de ocho. En esto paró la armada de Fernando Cortés que envió á la Especiería.

Cómo vino Cortés á España.

Como Alonso de Estrada gobernaba por la sustitución de Márcos de Aguilar, segun el Emperador mandó, parecióle á Cortés que no habria orden de tornar él al cargo, pues su majestad aquello proveyó, si no iba él á negociarlo, y estaba muy afligido; y aunque pensaba estar sin culpa, no se le cocia el pan, porque tenia muchos adversarios en España, y de malas lenguas y poco favor, que en ausencia era como nada. Así que acuerda de venir á Castilla á muchas cosas muy importantes á sí principalmente, y al Emperador y á la Nueva-España. Ellas eran muchas, y diré de algunas. A casarse por haber hijos y mucha edad; á parecer delante el Rey su cara descubierta, y á darle cuenta y razon de la mucha tierra y gente que habia conquistado y en parte convertido, é informarle á boca de la guerra y disensiones entre españoles de Méjico, temiéndose que no le habrian dicho verdad; á que le hiciese mercedes conforme á sus servicios y méritos, y le diese algun título para que no se le igualasen todos; á dar ciertos capítulos al Rey, que tenia pensados y escritos sobre la buena gobernacion de aquella tierra, que eran muchos y provechosos. Estando en este pensamiento le fué una carta de fray García de Loaisa, confesor del Emperador y presidente de Indias, que después fué cardenal, en la cual le convidaba por muchos ruegos y consejos á venir á España á que le viese y conociese su majestad, prometiéndole su amistad é intercesion. Con esta carta apresuró la partida, y dejó de enviar á poblar el rio de las Palmas, que está mas allá de Pánuco, aunque tenia enhilado ya el camino, y despachó primero docientos españoles y sesenta de caballo con muchos mejicanos á tierra de los chichimecas, para si era buena, como le decian, y rica de minas de plata, poblasen en ella; y si no los recibian de paz, hiciesen guerra y cativasen para esclavos; que son gente bárbara. Escribió á la Veracruz que le aprestasen dos buenas naos, y envió delante á ello á Pero Ruiz de Esquivel, un hidalgo de Sevilla; mas no llegó allá, que al cabo de un mes le hallaron enterrado en una isleja de la laguna, con una mano de fuera de tierra, comida de perros ó aves; estaba en calzas y jubon, tenia una sola cuchillada en la frente; nunca pareció un negro que llevaba, ni dos barras de oro, ni la barca, ni los indios, ni se supo quién le mató ni por qué. Hizo Cortés inventario de su hacienda mueble, que la valieron en docientos mil pesos de oro; dejó por gobernadores de su estado y mayordomos al licenciado Juan Altamirano, pariente suyo, á Diego Docampo, y á un Santa Cruz. Rasteció muy bien dos navíos, dió pasaje y matalotaje franco á cuantos entonces pasaron; embarcó mil y quinientos marcos de plata, y veinte mil pesos de buen oro, y otros diez mil de oro sin ley, y muchas joyas riquísimas. Trajo consigo á Gonzalo de Sandoval, Andrés de Tapia, y otros conquistadores de los mas principa-

les y honrados. Trajo un hijo de Moteczuma, y otro de Maxixca, ya cristiano, y don Lorencio por nombre, y muchos caballeros y señores de Méjico, Tlaxcallan y otras ciudades. Trajo ocho volteadores del palo, doce jugadores de pelota, y ciertos indios é indias muy blancos, y otros enanos, y otros contrechos. Y sin todo esto, traia para ver, tigres, alcatraces, un aiotochtli, otro tlacuaci, animal que ensena ó embolsa sus hijos para comer; cuya cola, segun las indias, ayuda mucho á parir las mujeres, y para dar, gran suma de mantas de pluma y pelo, ventalles, rodela, plumajes, espejos de piedra, y cosas así. Llegó á España en fin del año de 1528, estando la corte en Toledo. Hinchó todo el reino de su nombre y llegada, y todos le querian ver.

Las mercedes que hizo el Emperador á Fernando Cortés.

Hizo el Emperador muy buen acogimiento á Fernando Cortés, y aun le fué á visitar á su posada, por mas le honrar, estando enfermó y desfuciado de los médicos. El dijo á su majestad cuanto traia pensado, y le dió los memoriales que tenia escritos, y le acompañó hasta Zaragoza, que se iba á embarcar para Italia por coronarse. El Emperador, conociendo sus servicios y valor de persona, le hizo marqués del valle de Huaxacac, como se lo pidió, á 6 de julio de 1528 años, y capitán general de la Nueva-España, de las provincias y costa de la mar del Sur, y descubridor y poblador de aquella mesma costa é islas, con la docena parte de lo que conquistase, en juro de heredad para sí y para sus descendientes; dábale el hábito de Santiago, y no lo quiso sin encomienda. Pidió la gobernacion de Méjico, y no se la dió, porque no piense ningún conquistador que se le debe; que así lo hizo el rey don Fernando con Cristóbal Colon, que descubrió las Indias, y con Gonzalo Hernandez de Córdoba, Gran Capitan, que conquistó á Nápoles. Mucho merecia Cortés, que tanta tierra ganó, y mucho le dió el Emperador por le honrar y engrandecer, como gratísimo príncipe, y que nunca quita lo que una vez da. Dábale todo el reino de Michuacan, que fué de Cazoncin, y él quiso mas á Cuahunauac, Huaxacac, Tecoaatepec, Coyoacan, Matalcinco, Atlacupaia, Toluca, Huaxtepec, Utlatepec, Etlan, Xalapan, Teuquilaicoan, Calimaia, Autepec, Tepuztlan, Cuitlapan, Accapiztlan, Cueltaxca, Tuztla, Tepecan, Atloixtan, Izcalpan, con todas sus aldeas, términos, vecinos, jurisdiccion civil y criminal, pechos, tributos y derechos. Todos estos son grandes pueblos y tierra gruesa. Otros favores y mercedes le hizo tambien; mas las nombradas fueron las mayores y mejores.

De cómo se casó Cortés.

Murió doña Catalina Xvarez sin hijos; y como en Castilla se supo, trataron muchos de casar á Cortés, que tenia mucha fama y hacienda. Don Alvaro de Zúñiga, duque de Béjar, trató con mucho calor de casarle; y así, le casó con doña Juana de Zúñiga, sobrina suya é hija del conde de Aguilar, don Carlos Arellano, por los poderes que tuvo Martin Cortés. Era doña Juana hermosa mujer, y el conde don Alonso y sus hermanos muy valerosos y favorecidos del Emperador; por lo cual, que colmaba la nobleza y antigüedad de aquel linaje,

se tuvo por bien casado y emparentado. Traia Cortés cinco esmeraldas, entre otras que hubo de los indios, finísimas, y que las apodaron en cien mil ducados. La una era labrada como rosa, la otra como corneta, y otra un pece con los ojos de oro, obra de indios maravillosa; otra era como campanilla, con una rica perla por badajo, y guarnecida de oro, con «Bendito quien te crió» por letra; la otra era una tacica con el pié de oro, y con cuatro cadenicas para tenerla, asidas en una perla larga por boton; tenia el bebedero de oro, y por letrero, *Inter natos mulierum non surrexit major*. Por esta sola pieza, que era la mejor, le daban unos genoveses, en la Rábida, cuarenta mil ducados, para revender al Gran Turco; pero no las dió él entonces por ningún precio; aunque después las perdió en Argel, cuando fué allá el Emperador, segun lo contamos en las guerras de mar de nuestro tiempo. Dijéronle cómo la Emperatriz deseaba ver aquellas piezas, y que se las pidiera y pagara el Emperador; por lo cual las envió á su esposa con otras muchas cosas, antes de entrar en la corte, y así se excusó cuando le preguntaron por ellas. Diólas á su esposa por joyas, que fueron las mejores que nunca en España tuvo mujer. Casóse pues con doña Juana de Zúñiga, y volviósse á Méjico con ella y con título de marqués.

De cómo puso el Emperador audiencia en Méjico.

Estaba en España Pánfilo de Narvaez, negociaba la conquista del rio de las Palmas y la Florida, donde al fin murió; y á vueltas no hacia otro que dar quejas de Cortés en corte, y aun al mesmo Emperador dió un memorial que contenia muchos capítulos; y entre ellos uno que afirmaba cómo Cortés tenia tantas barras de oro y plata como Vizcaya de fierro, y ofrecióse á probarlo; y aunque no era cierto, era sospecha. Insistia en que le castigasen, diciendo que le sacó un ojo, y que mató con yerbas al licenciado Luis Ponce de Leon, como habia hecho á Francisco de Garay; y por sus muchas peticiones se trataba de enviar á Méjico á don Pedro de la Cueva, hombre feroz y severo, y que era mayordomo del Rey, y después fué general de la artillería y comendador mayor de Alcántara, para que si aquello era verdad le degollase. Pero como llegaron á la sazón cartas de Cortés, hechas en Méjico á 3 de setiembre de 1526, y los testimonios del doctor Ojeda y licenciado Pero Lopez, médicos, que curaron á Luis Ponce, no se efetuó; y cuando Cortés vino á Castilla, se reia mucho con don Pedro de la Cueva sobre esto, diciendo: «A luengas vias luengas mentiras.» El Emperador y todo su consejo de Indias hizo chancillería en Méjico, adonde recorriesen con pleitos y negocios todos los de la Nueva-España; y por quitar y castigar los bandos entre españoles, y para tomar residencia á Cortés, que se queria satisfacer de sus servicios y culpas, y tambien para visitar los oficiales y tesorería real. Mandó á Nuño de Guzman, gobernador de Pánuco, ir por presidente y gobernador, con cuatro licenciados por oidores. Nuño de Guzman fué á Méjico luego el año de 29. Comenzó luego á entender en negocios con el licenciado Juan Ortiz de Matienzo, y Delgadillo; que los otros murieron. E hizo una terrible resi-

dencia y condenacion contra Cortés; y como estaba ausente, metiale la lanza hasta el regaton. Hicieron almoneda de todos sus bienes á menos precio, llamáronle por pregones, encartáronle, y si allí estuviera, corriera riesgo de la vida; aunque barba á barba honra se cata, y ordinario es embravecerse los jueces contra el ausente. Pero aquellos creó que le fatigaran, porque persiguieron tanto á sus amigos, que aun andar por las calles no osaban; y así, prendieron á Pedro de Albarado, recién llegado de España, solamente porque hablaba en favor de Cortés, y achacándole la rebelion de Méjico cuando vino Narvaez. Prendió tambien á Alonso de Estrada y á otros muchos, haciéndoles manifestos agravios. En breve tiempo tuvo el Emperador mas quejas de Nuño de Guzman y sus oidores que de todos los pasados; y así, le quitó el cargo, año de 30. Y no solo se probó su injusticia y pasion en Méjico, mas aun en la corte, y en muchos lugares de España lo probó el licenciado Francisco Nuñez con personas que de allá entonces vinieron. Y después pronunciaron los oidores y presidente que fueron tras ellos, por parciales y enemigos de Cortés al Nuño de Guzman y licenciados Matienzo y Delgadillo, y los condenó la Audiencia á que le pagasen lo que le mal vendieron. Entendiéndose Nuño de Guzman que le quitaban de la presidencia, temió y fuése contra los teuchimecas en demanda de Culuacan, que segun algunos, es de donde vinieron los mejicanos. Llevó quinientos españoles, los mas dellos á caballo. Unos presos, otros contra su voluntad; y los que iban de grado eran novicios en la tierra, y casi todos los que con él pasaron. En Mechuacan prendió al rey Cazoncin, amigo de Cortés, servidor de españoles y vasallo del Emperador, y que estaba en paz. Y sacóle, segun fama, diez mil marcos de plata y mucho oro. Y después quemóle con otros muchos caballeros y hombres principales de aquel reino, porque no se quejasen; que perro muerto no muerde. Tomó seis mil indios para carga y servicio de su ejército. Comenzó la guerra, y conquistó á Xalixco, que llaman Nueva-Galicia, como en otro cabo dije. Estuvo Nuño de Guzman en Xalixco hasta que el virey don Antonio de Mendoza y la chancillería de Méjico le hizo prender y traer á España á dar cuenta de sí; y nunca mas le dejaron volver allá. Si Nuño de Guzman fuera tan gobernador como caballero, habia tenido el mejor lugar de Indias; empero húbose mal con indios y con españoles. El mesmo año de 1530, que salió de Méjico Nuño de Guzman, fué allá por presidente y á visitar y reformar la Audiencia, ciudad y tierra, Sebastian Ramirez de Fuenleal, natural de Villaescusa, que era obispo y presidente de la isla de Santo Domingo. Diéronle por oidores á los licenciados Juan de Salmeron, de Madrid; Vasco Quiroga, de Madrigal; Francisco Reinos, de Zamora, y Alonso Maldonado, de Salamanca; los cuales rigieron con justicia la tierra. Poblaron la ciudad de los Angeles, que los indios llaman Cueltaxcoapan, que quiere decir cuebra en agua, y por otro nombre Vicilapan, que significa pájaro en agua. Y esto á causa de dos fuentes que tiene, una de agua mala y otra de buena. Está veinte leguas de Méjico, y en el camino para la Veracruz. El Obispo comenzó á poner los indios en libertad, y por